

H. 21, EN LOS FOSOS DE VINCENNES

La vida misteriosa de "Pupila de la Aurora", MATA-HARI

NI UN MENSAJE, NI UNA FLOR LLEGARON HASTA LA CELDA DE LA CONDENADA A MUERTE

UN SABLE TRAZO UN RELAMPAGO EN EL AIRE...

ALLA por el año 1903 apareció en el cielo artístico de París una nueva estrella rutilante. Una mujer alta, cimbreante, con una belleza exótica, se presentó en el salón de una condesa, ante un público selecto, interpretando unas danzas orientales que conmovieron a París. Baila ante la élite en sesiones

que ante ella exhibiera un monsieur conmovido y reverencial que, como un prestidigitador, iba haciendo surgir brillantes, zafiros, rubies, perlas y esmeraldas al menor gesto de la diosa.

"OJO DE LA MAÑANA" SE LLAMABA MARGARITA

Aquella historia del templo de Kanda, de los sacerdotes y de las bayaderas, era muy poética y

era su deslumbrante y exótica belleza. Aquellos ojos oblicuos adornados con largas y sedosas pestañas; aquellos cabellos negros, lisos y brillantes y aquel cuerpo alto y esbelto en el que parecían encerrarse todos los misterios de la India y alentar los espíritus de las bayaderas de la diosa Siva y ante el que se rindió, enamorado, París.

Pero la vida de Margarita Zelle, antes de convertirse en Mata-Hari, no fue una vida vulgar, aunque no fuese una vida feliz. A los dieciocho años se enamoró del capitán Mac Leod, una especie de Don Juan holandés con uniforme, y el 30 de marzo de 1895 se casó con él en Amsterdam. Margarita no fue para él otra cosa que una conquista más y siguió con su vida de libertino, entregado al juego y a deslumbrar a mujeres fáciles con el brillo de su uniforme. Trasladado el capitán a Java, el matrimonio se va a vivir a Banjoe Birova, cerca de Samarang, y allí emplean las tragedias de la dulce Margarita, a causa de los celos del bizarro Mac Leod. El marido se enfurece y trata a Margarita a latigazos. Interviene el padre y aconseja a su hija que procure obtener testigos de estos malos tratos para obtener el divorcio. Mac Leod extrema su crueldad hasta el punto de arrastrarla por los cabellos y encañonarla con su revólver. Estos escándalos causan mal efecto entre los miembros de la colonia holandesa, que les hace el vacío. Las calamidades de Margarita, que ya había perdido un hijo, aumentan al contraer su hija una enfermedad de la piel que estropea su hermosura.

NACE MATA-HARI, "OJO DE LA MAÑANA"

Margarita Zelle se separa de su irascible marido y regresa a Holanda. Mejor dicho, es él quien la abandona, llevándose a su hija, y ella, sola, enferma, tiene que refugiarse en Arnhem, en casa de su tía la baronesa de Landes. Pero hasta allí la persigue el odio de Mac Leod, que consigue desacreditarla y logra que la repudie la puritana sociedad de Arnhem, hasta el punto de tener que abandonar la casa de la baronesa, que hace causa común con el resto de la ciudad. Y aquí muere Margarita Gertrudis Zelle y nace Mata-Hari que va a conmovir al mundo con sus danzas exóticas, con su trágica muerte y su impenetrable leyenda.

gustaba mucho a los banqueros y a los ilustres personajes que la escuchaban entre taponazos de champaña, pero no era cierta. "Ojo de la mañana" no se llamaba así, ni había nacido en la India, ni era hija de una bayadera. Se llamaba Margarita, Margarita Zelle, y había nacido el 7 de agosto de 1876 en Neeuwarden (Holanda), y sus padres eran alemanes y gozaban de gran posición. El señor Zelle era un comerciante destacado y su esposa una mujer bellísima que poseía una gran fortuna. Lo único oriental que había en Margarita

que cubren su nombre con la aureola del escándalo y del misterio. Esta mujer se llamaba Mata-Hari, que quiere decir, en idioma javanés, "Ojo de la mañana", y, según ella misma contaba con la mirada perdida en el fondo de una copa de champán después de sus exóticas y alucinantes exhibiciones, había nacido en la ciudad santa de Jaffuapatan, en las costas de Malabar, al sur de la India. Su madre había sido una bayadera que murió a los catorce años, al abrirse a la luz de este mundo el "Ojo de la mañana", o la "Pupila de la aurora", que de estas dos maneras, como más les guste a ustedes, puede traducirse el nombre de Mata-Hari. La niña fue adoptada por los sacerdotes del templo de Kanda, dedicado al culto de la diosa Siva, y la iniciaron en los santos ritos de la danza. Su vida, en estos primeros años, se deslizó monótona, aprendiendo de las bayaderas y trenzando guiraldas de jazmines para adornar los altares del templo. Así vivió hasta que, impulsada por una fuerza irresistible, fue a languidecer envuelta en flotantes velos en los salones de París, enamorando a banqueros y a ilustres personajes, para los cuales hacía exhibiciones fantásticas en el Museo Guimet ante el altar de la diosa Krishna, que, inodablemente, agradecía aquellos fervientes homenajes, haciendo surgir de las carteras de los admiradores de Mata-Hari suntuosas habitaciones en el Palace Hotel de la avenida de los Campos Eliseos y un coche tapizado de raso para que la exótica bailarina recorriese en él, con su aire lánguido y exótico, las calles de París. Y para que la condujese a las mejores joyerías donde sus ojos oblicuos y orientales contemplaban indiferentes la deslumbrante pedrería



Mata-Hari como bailarina.



El final

Su triunfo en París fue apoteósico. Allí contó la historia, la bonita historia, de la India y de las bayaderas, y todo mundo la creyó. La creyó, porque no había ninguna razón ante aquellos ojos, aquel cuerpo y aquellas danzas, para dudar de las palabras de Mata-Hari.

Actúa en el Casino de París, en el Olympia, en el teatro Marigny, en los Folies-Bergère. Baila y explica a los públicos su origen poético y legendario. Su éxito se extiende y viaja por Rusia, por los Estados Unidos y, sobre todo, por Alemania, y en todas partes es amada y admirada; amada con tal sinceridad, que piensa, en algunos momentos, en renunciar a sus danzas, sacrificando su aureola en aras de un amor que no había conocido a través del capitán Mac Leod. Sus relaciones son considerables: el Kromprinz de Alemania la brinda su amistad, y en la lista de sus admiradores hay ministros en Rusia, un duque y un lord en Inglaterra, un magnate de la industria en Norteamérica, el prefecto de la Policía berlinesa... La gloria y la riqueza se habían puesto a sus pies de bailarina.

LA ESPÍA H. 21

Sus más íntimas y preferidas amistades fueron con militares alemanes. Ella explicó más tarde, ante los jueces, que siempre había sentido una gran admiración, casi devoción, por los guerreros. Pero estas relaciones parece que

no sólo eran amistosas, sino que tenían una finalidad bélica. Se ha afirmado que antes de estallar la guerra del 14, Mata-Hari ya figuraba en las listas del espionaje alemán bajo el anagrama H. 21. Cuando estalló la conflagración, Mata-Hari desapareció de sus escenarios habituales en París, y durante un año no se tuvo ninguna noticia de ella. Reapareció en 1915, y durante unos meses permaneció en su residencia de Neuilly, vigilada noche y día por detectives franceses, que no pudieron hallar ningún indicio de sus supuestas actividades de espía. Pide permiso para trasladarse a Vittel, con el pretexto de cuidar a un oficial ruso, llamado Marlow, y que estaba allí hospitalizado. Marlow, aviador, se había quedado ciego en un combate. Mata-Hari le cuidó con ternura. En Vittel, centro de operaciones de la Aviación francesa, Mata-Hari deslumbró a todos los oficiales, que se disputaban el honor de acompañar a la bella bailarina en sus paseos campestres. Cuando regresó a París, el capitán Ladoux, jefe del Servicio de Inteligencia Francés, la comunicó que recaían fuertes y fundadas sospechas sobre ella y que tenía orden de deportarla. Entonces, Mata-Hari adoptó una actitud dramática y se ofreció al espionaje francés. El Servicio de Inteligencia la envió a Bélgica, en unión de otros cinco agentes, con la orden de presentarse a un jefe de grupo. Este y los cinco

agentes fueron fusilados al poco tiempo de presentarse Mata-Hari, que, naturalmente, conocía sus nombres.

La bailarina regresó a Francia y de allí, vía Holanda e Inglaterra, vino a Madrid. En Londres, sir Basil Thompson, jefe del Intelligence Service, la interrogó, la aconsejó que abandonase el espionaje y la mandó a España. En Madrid, Mata-Hari se instaló en el hotel Ritz en una habitación contigua a la que ocupaba el jefe del espionaje alemán en España, con el que "Ojo de la mañana" tenía frecuentes entrevistas. Aquí su vida fue brillante y ostentosa y se la veía a menudo en fiestas y restaurantes con los agregados naval y militar alemanes.

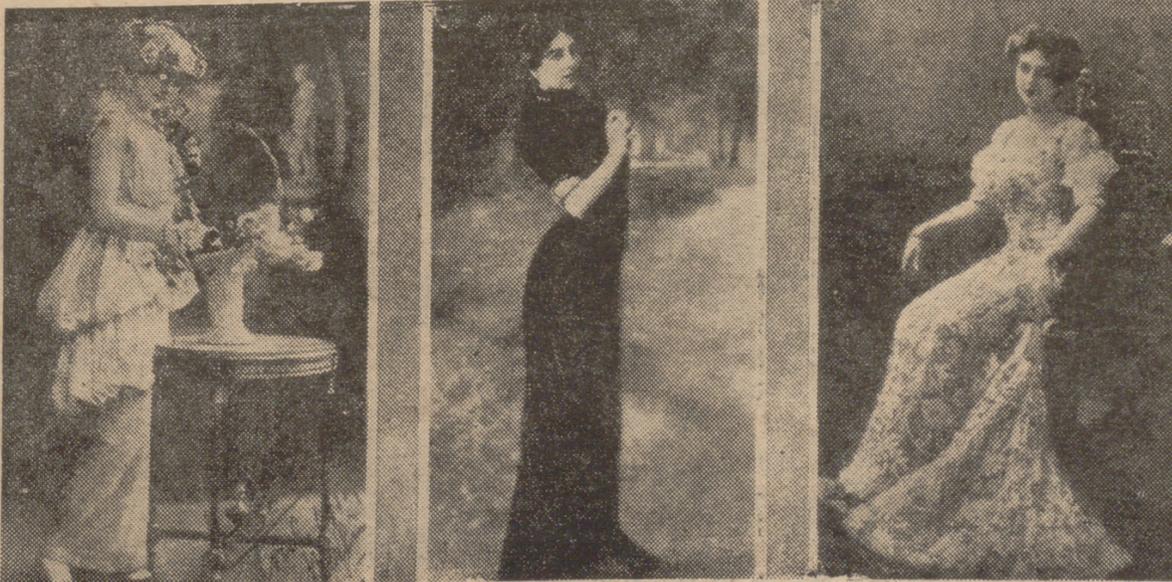
MUERTE EN LOS FOSOS DE VICENNES

A pesar de que sabía la suerte que la esperaba en Francia, Mata-Hari, impulsada no se sabe por qué misterioso destino, regresa a París. Allí es detenida el 13 de febrero de 1917, y el 24 de julio comparece ante el Consejo de guerra. Las acusaciones que contra ella lanza el fiscal son terminantes, pero Mata-Hari las niega y proclama su inocencia. Uno de los cargos más importantes que se la hacen es un mensaje de Berlín captado en París y por el cual se ordena al jefe del espionaje alemán en Madrid que haga entrega en el hotel Ritz, de esta ciudad, de una importante cantidad de dinero a la espía H. 21. En vano su abogado, Edouard Clement, pronuncia un patético informe en su defensa; en vano importantes testigos declaran a su favor. El Consejo de guerra, por unanimidad, la condena a muerte. Y durante tres meses esperó su última hora en la cárcel de San Lázaro. Ni un mensaje, ni una flor, llegan hasta su celda. Su corte de admiradores se ha olvidado de ella. Y en la madrugada del 13 de octubre, serena, tranquila y sonriente, se presenta, después de haber escrito una carta de despedida al teniente Marlow, ante el piquete de ejecución. Rechaza el pañuelo con que, piadosamente, quieren vendarle los ojos, y después de despedirse de la monja y el sacerdote que la habían acompañado, pronunció sus últimas palabras:

—No es el público a que estoy acostumbrada, pero haré lo posible para que el último espectáculo sea el mejor.

Un sable trazó un relámpago en el aire y doce balas se incrustaron en el cuerpo de Mata-Hari, que cayó ensangrentado, bajo el parpadeo de las últimas estrellas, en el patio de Vincennes.

Gerardo DE NARDIZ



Mata-Hari, en tres etapas de su vida.

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 23 DE ABRIL DE 1955

Un mundo infantil olvidado de los mayores

René Gervaise es la víctima de una sociedad corrompida EL SUCESO QUE HA CONMOVIDO A EUROPA

Es lamentable que pueda producirse en estos tiempos un hecho, que horroriza a las gentes civilizadas, como este crimen cometido en las afueras de París por un niño de catorce años en la persona de otro de siete y que ha publicado toda la Prensa del mundo. Lamentable por lo que representa de abandono en la educación de los niños y explicable por la conducta reprochable de sus padres. El hecho viene a constituir, en cierto modo, una severa lección que debe ser aprovechada por los mayores. El verdadero crimen es dejar a los niños abandonados a su instinto, fuera de todo control moral y material. Por fortuna, en España la educación infantil merece extraordinaria y preferente preocupación y atención de las autoridades, y su formación es consigna destacada del Estado.

EL PEQUEÑO RENE

Como si rezase una oración, Pierre-Maurice Ricard unía sus dos gruesas manos de obrero, negras por la llimadura de hierro: "Jamás un niño pudo dar un golpe semejante", decía.

Más científico, el agente de orden público Lefrançois, padre de diez niños, le hizo eco: "Veintiocho años de servicio—argumentaba—, en los que he visto de todo, sádicos, vampiros, bebedores de sangre; pero nunca un asesinato parecido. Muy tierna es la garganta de un niño de siete años. Si se la corta con una navaja de afeitar o con un cuchillo se forma una llaaga plana, pero el cuello del pequeño René estaba como deshilachado. En mi opinión, fueron las ratas."

LOS NIÑOS SE HACEN DETECTIVES

El grupo, reunido en la pendiente de los fuertes de Romainville, hacía círculo alrededor de una mancha oscura. Cuarenta y ocho horas antes tres pequeños, sus compañeros de juego, habían descubierto el cadáver del pequeño René Gervaise, con la garganta cortada, el cerebro desbordado y el ojo izquierdo desorbitado. Se creyó en un principio que se trataba de un crimen sádico, y las sospechas de las madres de familia, naturalmente xenófobas, recayeron sobre los obreros extranjeros que conocían. Pero en esta tarde de lunes de Pascua corría otra versión: el asesino, según los policías, era también un niño, un camarada de la víctima; había herido a René Gervaise con una carabina y después, presa del pánico, le había rematado. Ello parecía increíble, razón por la que se discutía mucho en torno a la mancha de sangre. Todos los vecinos de la avenida de Stalingrado, donde vivía el niño, parecían haber hecho pesquisas, al término de su paseo pascual.

Las dos carabinas de aire comprimido que pertenecían al pequeño René habían desaparecido, y los niños del barrio, transformados en detectives aficionados, vigilaban atentamente con la esperanza de descubrir algún indicio y echaban a patadas a los perros que trataban de oler la sangre. Cada muchacho y cada muchacha tenía su sospecha. Pero todos encontraban absurda la hipótesis forjada por los verdaderos detectives: ningún niño hubiera podido cometer un crimen tan atroz. Eran las cuatro de la tarde.

A esta misma hora un asesino de calor años, sentado en una butaca del cinematógrafo de Romainville, veía en la pantalla las aventuras sangrientas, heroicas, caballerescas, del vizconde de Brageionne. Duelos, amores, espadas. El muchacho apretaba en el bolsillo de su pantalón un pequeño cuchillo, un minúsculo cuchillo con mango verde, la hoja rota, torcida y manchada de tierra y sangre. Con este cuchillo había sido más diestro que el vizconde de Brageionne. La cabeza de René, su compañero de juego, no estaba ya unida al cuerpo. Ignoraba que desde el primer momento era él el sospechoso número uno de los policías. Había sido interrogado el primer día. Fue él quien en compañía de Christian Lefrançois, hijo del agente de orden público, y de Roland Guenzi había descubierto el cadáver del pequeño Gervaise. Más tarde, durante dos horas, se le formularon preguntas a las que había dado respuestas inteligentes. Había demostrado su buena voluntad al participar en las pesquisas y al haber estado de acuerdo en que era preciso encontrar las carabinas.

Sus "colegas", los inspectores, le esperaban a la salida del cine. Con la cabeza llena aún de aventuras del vizconde, se le condujo a la Comisaría del barrio de Orfèvres. Su madre se le unió más tarde. Durante tres horas contestó serenamente al interrogatorio, pero después capituló. El crimen es atroz e incomprensible, pero para medir todo el horror es necesario conocer los lugares, las gentes, los protagonistas y tratar de imaginarse esta escena atucinante. La avenida de Stalingrado, en Romainville, no está bordeada de casas más que por una de sus direcciones: tristes hotelitos de un solo piso, rodeados de pequeños jardines que los hombres cuidan los domingos. Por el lado contrario está el campo, un falso campo cubierto de hierba amarillenta, donde el Ayuntamiento ha instalado un terreno de deportes. La avenida tiene cerca de 800 metros de longitud y muere en la línea de las antiguas fortificaciones de París. El panorama es vasto. Los niños de la avenida Stalingrado cuentan con extenso terreno para sus juegos. Un terreno atrinchado propio para la guerra, la pequeña guerra. Desde 1870 permanecen en esta zona del norte y este de París las trincheras y los hoyos en el terreno, que se encuentran, además, desierto, alejado de las viviendas. Si un niño se oculta en un agujero, es muy difícil encontrarlo.

UN NIÑO NERVIOSO CON UN CORAZÓN DE ORO

Los habitantes de la avenida no son ricos; algunos son muy pobres. Una sola persona posee algo: la señora Sévillote, propietaria de los "Establecimientos Sévillote", comercio de metales de todos géneros, que habita en el número 74, una de las últimas casas, ya muy cerca de los fuertes; es la abuela adoptiva del pequeño René. La señora Sévillote, cuyo marido murió hace un año, tiene sesenta años. Hace veinticinco años adoptó a un niño de cinco años, cuyos padres, alcohólicos y enfermos, habitaban en los suburbios vecinos una miserable chaqueta. Era André Gervaise, al que la mujer educó como a su propio hijo. André sirvió en la Marina, y al llegar a la guerra se fué a Gran Bretaña. Allí casó con una joven llamada Pat, a la que llevó, terminadas las hostilidades, a la avenida Stalingrado. Hace siete años tuvieron un hijo, el pequeño René, al que amó y cuidó como si fuera su verdadero nieto. Pat y André se separaron hace dos años a causa de la conducta irregular de ambos. El niño era vivo, nervioso, impresionable y poseía un corazón de oro. Con el dinero que le prodigaba su abuela hacía regalos a todos los vecinos del barrio, mientras Jackie, el asesino, se iba al cine.

René, con el mucho dinero de que disponía y su gran corazón, compraba las armas, nervio de la pequeña guerra de la chiquillería. Se jugaba, gracias a él, no con palos ni hondas, sino con verdaderas armas, carabinas de aire comprimido y otras. Los detectives han encontrado en su habitación media docena de armas con las que se podría matar a un hombre.

JACKIE ENCUENTRA A SU VÍCTIMA

El viernes 15 de este mes, a la una de la tarde, Pierre-Maurice Ricard, obrero de los "Establecimientos Sévillote", llegó montado en su vieja bicicleta. El pequeño René jugaba al balón. Pierre-Maurice Ricard dió una patada al balón y entró en el taller; a las dos horas salió. El niño se había hecho daño en una rodilla y lloraba mucho. El obrero le dijo: "Pú morirás a manos de otros".

A las seis, el niño desapareció. Jackie declaró: "Yo le he visto hacia las dos y media. Iba a jugar completamente solo". Durante toda la noche se recorrió la zona de las fortificaciones con antorchas. Pierre-Maurice Ricard se acostó a las cuatro de la mañana. "Estaban buenos el padre y la abuela Sévillote. ¡Pobres gentes!", pensó. A las nueve se recurrió a la Policía. Hacía las once, el guardia Lefrançois ordenó a sus hijos que siguiesen las investigaciones. Todos, con Jackie, exploraron un nuevo sector. A los diez metros, entre dos prominencias del terreno, distinguieron una forma humana. Jackie fué el primero que corrió hacia el lugar donde se encontraba el cadáver.

Tranquilamente se inclinó, apenas miró hacia su amigo y dijo: "Está muerto".

Los policías encontraron sospechosa la serenidad de Jackie.

RENE CAYO A 200 METROS DE SU CASA

René había cogido sus dos carabinas de aire comprimido, algunos pistones, y con Jackie descendió por la campiña. "Arriba las manos", le gritó éste, disparando, exaltado por la victoria. Uno de los balines de plomo le alcanzó en un ojo. Sin embargo, el pequeño remontó la pendiente. Pero, desvanecido, se echó en la tierra. Entonces, Jackie, ganado por la locura, el miedo, el pánico, la culpabilidad, ante su camarada que gemía dulcemente, golpeó con todas sus fuerzas a su amigo con la carabina de aire comprimido. Des-

pués, sacó de su bolsillo el pequeño cuchillo verde y le segó la garganta.

LA RESPONSABILIDAD DE LOS MAYORES

El hecho es bien alocucionador por lo que significa de consecuencia de un abandono total de la educación de los niños. En todo el reportaje no ha sonado ni la palabra iglesia ni la palabra escuela. Únicamente las de campo, juego y armas. Ni una represión, ni una amonestación de esa abuela que prodiga el dinero con un niño de siete años para que lo invierta como le venga en gana. El instinto es el único que domina en la tragedia. Abominable el crimen en todas sus manifestaciones, se nos aparece aún más execrable éste entre niños, que inunda de responsabilidad a sus mayores.



René Norvaige, que a los siete años de edad fué asesinado por uno de sus compañeros de juego. Este triste suceso, comentado en toda Europa, es una lamentable consecuencia del triste abandono de la infancia de la posguerra

MIROSLAVA NACHOESKA HA ELEGIDO LA LIBERTAD

Campeona de patinaje artístico, tenía controladas hasta sus llamadas telefónicas

«Deseo vestirme como me plazca», ha declarado a la Prensa americana

POCAS personas en el mundo pueden decir que tienen un servicio de seguridad mejor que Miroslava Nachoeska. Es más fácil llegar al mariscal Bulganin que a ella. Y esto es, en el fondo, el único premio que la joven deportista checoslovaca ha conquistado en Viena, después de haber tomado parte en el campeonato mundial de patinaje artístico sobre hielo, y después de haberse decidido a elegir la libertad.

VIGILANCIA EN TORNO A MIROSLAVA

Los americanos sintieron necesidad de extender una red de protección en torno a una mujer, la patinadora Miroslava Nachoeska, quien estaba muy ajena a lo que le estaba reservado. Poco después de su huida a la zona occidental, los americanos la hicieron comparecer en público en una conferencia, en Linz. Después ya no se supo nada de ella.

LA VIDA ACTUAL DE LA CAMPEONA

Su vida transcurre placida fuera ya del telón de acero. Como la de cualquier otra joven a quien interesa poco la política. Desde un punto de vista económico, su situación no podía ser mala. Había sido clasificada últimamente como "dilettante" y como tal recibía una gratifica-

ción de 600 coronas, y otras 900 por trabajar medio día en una oficina del Estado. En total, 1.500 coronas, más de lo que gana un ingeniero, que tiene un sueldo de 1.400 coronas, y menos que Miroslav Kura, el primer bailarín del teatro del Estado, que recibe de 2.000 a 2.300 coronas al mes.

Pero las condiciones de vida en Checoslovaquia no han mejorado desde 1950. Mil quinientas coronas al mes no son una suma fabulosa. El poder adquisitivo es bajo. Tal cantidad apenas basta para comprar un abrigo ligero, dos pares de zapatos de mujer o una docena de medias de nylon. La situación no es mucho mejor en el abastecimiento alimenticio. Un huevo vale dos coronas; cuatro coronas, un litro de leche, y dieciséis coronas, cien gramos de salchichón. El abrigo que llevó la Nachoeska cuando llegó a Viena para reci-

bir la hospitalidad americana, según nos dijo, fué confeccionado en 1947, y añadió: "Pero hoy en día no encontrará en toda Praga uno de tan buena calidad, y si lo encontrase le costaría a 450 coronas metro."

PASAPORTE COLECTIVO Y CONTROL TELEFÓNICO

Sus viajes al extranjero habían seguido siempre el mismo sistema: un pasaporte colectivo para todo el equipo atlético. Iban además acompañados por un "supervisor político". El orden se respetaba aún cuando se tratase de andar por Moscú. La patinadora recuerda que siempre en los pasillos del albergue donde estaban hospedados los componentes de la expedición estaban continuamente vigilados por una señora, que controlaba hasta las llamadas telefónicas. No podían ni siquiera aceptar la invitación de los otros componentes de los equipos occidentales, ni aun si fueran rusos.

"Yo pienso—nos dice Miroslava Nachoeska, humorísticamente—que nuestros dirigentes no tenían ninguna razón de preocupación. Ninguno de nosotros deseaba permanecer en Rusia."

A Viena la Nachoeska llegó el 13 de febrero pasado, junto con otros nuevos componentes del equipo checo de patinaje. Era la segunda visita a Occidente.

Se acordó rápidamente que los componentes del equipo podían andar libremente, sin estar sujetos a una disciplina de cuartel. Dice la Nachoeska: "Teníamos dificultad sólo para hacernos ver con las insignias representativas de nuestro país. Muchos se maravillaban de mi valentía en ostentárselas. En 1947 tuve que dejar de ponerme pantalones por temor a ser acusada por mi predilección hacia las costumbres occidentales."

Las mujeres no podían vestirse según sus gustos. Este fué el golpe de gracia que decidió a la joven patinadora a escoger su libertad. El 19 de febrero, mientras todo el equipo checoslovaco estaba presenciando una prueba, con el pretexto de ir a comprar unos polvos de tocador se alejó unos metros entre la multitud.

Nerviosamente paró un taxi y le mandó dirigirse al albergue. Allí cogió la maleta, y en el mismo vehículo marchó a la Oficina Americana de Prófugos. Cuatro días después la llevaron a Linz; apenas llegada se compró un par de zapatos que le costaron 1.000 liras.

Se sentía libre. Un día después, el más autorizado periodista americano tituló la noticia de la huida de la joven: "Una patinadora checa pide asilo a los Estados Unidos. Desea vestirse como le plazca." El "Neue Zeit", periódico del partido comunista austriaco, tituló la noticia, que casi ocupaba una página, de esta manera: "Una nueva víctima del rapto americano."



Miroslava Nachoeska ha elegido la libertad y pasea por una calle comercial de Viena.

NI FANTASMAS NI BAILE DE CACEROLAS

Los infrarrojos y el radar revelarán el secreto de las



La cámara de Loygorri ha captado esta fantasmagórica silueta de uno de nuestros castillos, por cuyas almenas los nubarrones juegan a divertidos juegos de brujas.

No es uno aficionado al espiritismo, aparte de sus firmes creencias, porque se las da de inteligente. Y lo menos inteligente en esta vida es preocuparse con falsas apariciones, que, por otra parte, no serían tampoco deseables, aun siendo posibles. Recuerdo que con curiosidad periodística asistí a una sesión espiritista, en la que el médium, o mejor dicho, la médium, cada vez que su nene de pocos meses rompía a llorar, interrumpía su éxtasis para darle de mamar. Esta médium, ya en "trance", invocó la presencia de un abuelo mío, rogándole que se manifestase tocando un piano cuyo teclado se hallaba abierto. Y yo me preguntaba: "¿Y para qué quiero yo que se presente mi abuelo?" Además, mi abuelo no supo jamás tocar el piano. Por fortuna, mi antepasado no hizo el menor caso a la médium lactante, pese a los esfuerzos de los que rodeábamos el consabido velador. Y para seguridad de los que pasaran por la calle, el piano no sonó, pues si llega a bajar una tecla, nos tiramos de cabeza por el balcón. Esta y otras experiencias, muy tomadas en serio por sesudos individuos, tratadas en mil volúmenes, y para nosotros, producto de la estupidez humana, y en no pocas ocasiones medio inconfesable por ciertos negocijitos no menos inconfesables, parece estar en desuso, como el aceite de hígado de bacalao, como el "landeau" y el cuello de pajarita.

DANZA DIABOLICA DE CACEROLAS

El fracaso de Teresa Costa, la poseesa de Saint-Jean-de-Maurienne, ha sorprendido a los especialistas en el ocultismo. No les ha convencido. Toda la Saboya, desde hace varias semanas, se apasiona por el caso de Teresa Costa. Cincuenta de sus vecinos habían visto con sus propios ojos, en casa de Teresa, cómo bailaban una infernal zarabanda mesas, sillas y cacerolas, sin que nadie pudiera explicarse el fenómeno.

—Si existen realmente en Saint-Jean-de-Maurienne fenómenos inexplicables —declaró un célebre suizo "destripafantasmas y espiritistas malignos"—, yo estoy dispuesto a contribuir con un millón de francos a las obras del Ayuntamiento.

Y todo dispuesto para controlar la experiencia, ésta ha tenido lugar en un inmueble, previamente bien registrado, cercano a la estación.

En una sala se había instalado una mesa aislada en medio de un círculo de dos metros de diámetro. Sobre la mesa, una cacerola, un bote de leche y un taburete. Fuera del círculo, doce sillas reservadas para los espectadores, encargados de observar si la sesión daba lugar a alguna superchería.

No hubo engaño. Pero ni el bo-

te de leche, ni el taburete, ni la cacerola, consintieron en moverse ni un milímetro, a pesar de los esfuerzos de concentración de Teresa Costa. Exactamente como en el caso de mi abuelo, Saint-Jean-de-Maurienne no ha tenido el millón. Y aquellos que afirmaban haber visto la danza diabólica de las cacerolas comienzan a preguntarse si no fueron juguete de la ilusión o víctimas de una extraña psicosis colectiva.

Auténticos sabios afirman, sin embargo, que los fenómenos de levitación no son un mito. Pero ¿ellos mismos no pueden haber sido objeto de un engaño?

—Es un hecho —dicen sus adversarios— que estos fenómenos se espacian a medida que se somete al médium a un control más riguroso. Si éste es absoluto, ya no hay fenómenos.

LA LADINA EUSAPIA

Hace años, una enigmática italiana intrigó considerablemente a los sabios. Se llamaba Eusapia Paladino, y bajo su "fluido" las mesas bailaban desesperadamente. Eusapia operaba en la oscuridad, pero bajo el control de varios especialistas muy formales. Al parecer, no había engaño posible.

Hasta que un día uno de los "vigilantes" observó que una de las patas de la mesa se hallaba en contacto con la bata de Eusapia. "Cuando uno de nosotros —dijo— impidió este contacto, la mesa no pudo elevarse como otras veces." El fenómeno no se reproducía más que cuando el observador, intencionadamente, dejaba que subsistiese el contacto. Y así se comprobó por las fotografías que se tomaron de la experiencia.

Se acabó por descubrir que Eusapia deslizaba una de sus manos bajo su falda y provocaba los fenómenos de pseudolevitación. Desemascarada Eusapia, se hizo venir de Polonia a otro sujeto, llamado Guzik, que dió cuarenta y una sesiones en el Instituto del Radium, donde era casi imposible el fraude. Los fenómenos eran muy diversos: aparición de formas humanas, puntos y rostros luminosos, etc., etc.

—Por lo que yo he visto, refuerzo mi convicción de que M. Guzik, puesto en trance, es probablemente capaz de una acción paranormal sobre la materia", escribía el célebre doctor Osty, quien, sin embargo, añadía: "No dispongo de ninguna prueba absoluta." Esta reserva estaba más que justificada: a Guzik, convocado en el Instituto del Radium, se le encontraron plumas de acero y piedras de encendedor, por medio de las cuales producía sus "resplandores mágicos".

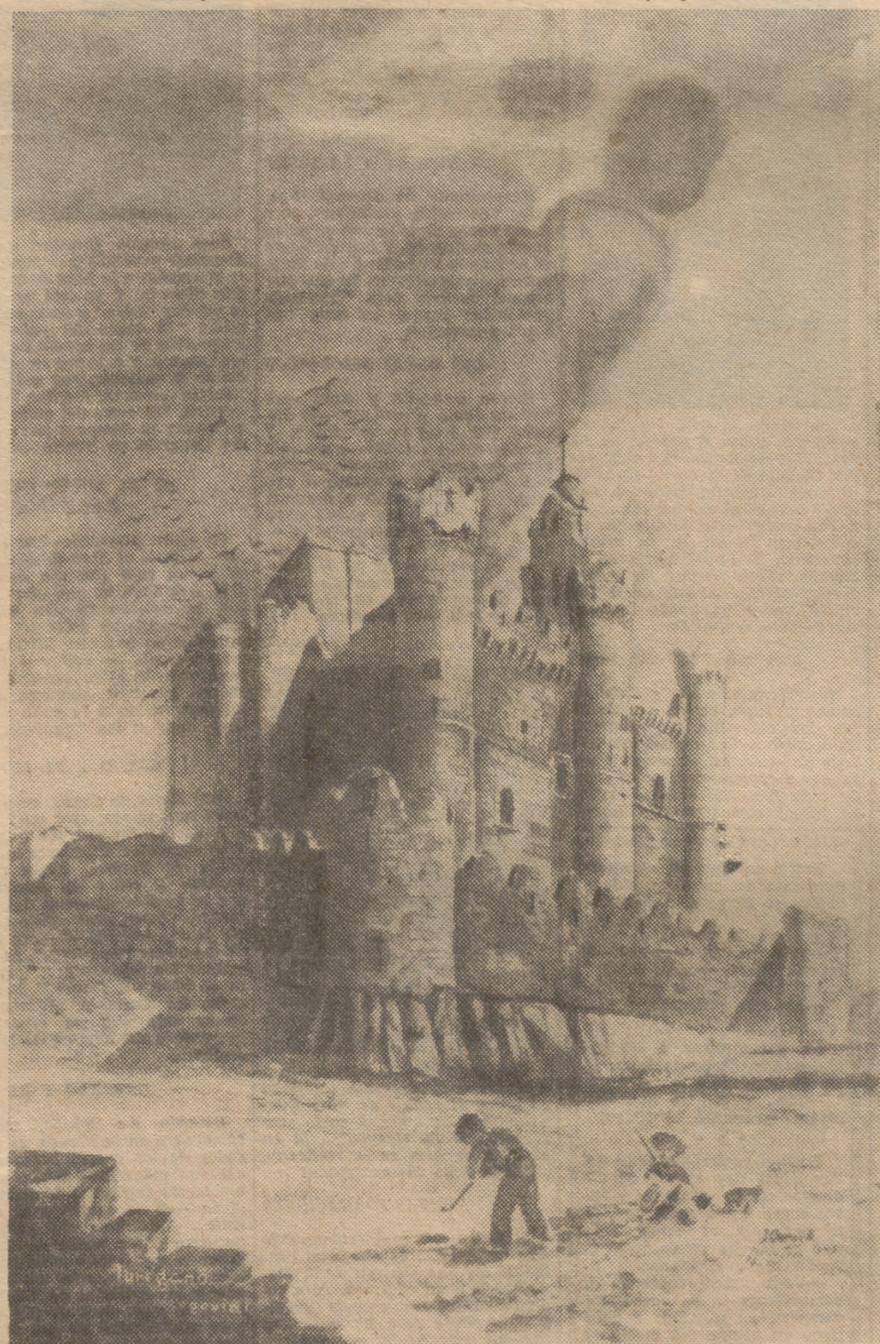
EL LABORATORIO DE LOS MILAGROS

Para destruir todas estas engañosas, el Instituto Metafísico montó un laboratorio, equipado de emisores infrarrojos, timbres, células fotoeléctricas, espejos y "flash" fotográficos.

El doctor Osty convocó allí a

un joven austriaco, Rudy Schneider, cuyos poderes paranormales habían sido comprobados en el curso de una serie de sesiones en Londres.

—Era —ha dicho Osty— un su-



Cuervos y grajos, entre siniestros nubarrones, ponen una nota fantástica en la silueta del Castillo de Turégano

apariciones y de la levitación

jeto muy interesante porque aceptaba todos los controles, se sometía a todas las experiencias y a todas las condiciones de trabajo, sin que jamás formulase la menor objeción.

En un rincón del laboratorio dos cortinas limitaban un espacio al abrigo de la luz y formaban como un gabinete negro; delante, una mesa sobre la cual había algunos objetos iluminados por una bujía eléctrica, roja.

Rudy Schneider estaba sentado en una silla, en un extremo del gabinete negro, a un metro de la mesa. Vestía pijama. Unas cintas luminosas estaban cosidas a las mangas y al cuello para siluetear la posición del cuerpo del individuo.



Esta habitación, de aspecto misterioso, fué escenario de apariciones fantásticas, pero no de carácter tenebroso, sino alegres y pimpantes, porque no siempre los fantasmas son tristes. Los hay jacarandosos que dicen chistes y hacen reír, como algunos compañeros que, por lo menos, parecen fantasmas por las raras veces que los vemos en la Redacción

Un ayudante, sentado frente a él, le sujetaba las manos y le aprisionaba las piernas con las suyas. Un segundo ayudante también le mantenía en el estado de control.

Al cabo de unos cinco minutos, Rudy Schneider era presa de bruscas sacudidas, su respiración se cortaba y todo su cuerpo adquiría un ritmo de gran frecuencia, que persistía durante todo el

tiempo que duraban las sesiones, cada una de unas tres horas.

—Al cabo de un mes— declaró Osty—, en trece sesiones no comprobamos ningún fenómeno digno de ser registrado.

LA SUBSTANCIA ENIGMÁTICA

Se decidió enviar a Rudy Schneider a Austria, pero una última sesión debía celebrarse antes de su partida. Los técnicos del Instituto habían puesto por primera vez en batería aparatos de control y de registro fotográfico. Entonces se produjo un efecto inesperado: el dispositivo automático fotográfico se descargó por dos veces. Las placas no presentaron nada anormal. Ningún cuerpo visible había sido impresionado. Después de la verificación de los aparatos, la única hipótesis plausible era que el sujeto exteriorizaba una sustancia muy sutil para ser fotografiada, y que debía absorber una cantidad suficiente de rayos infrarrojos para hacer funcionar los disparadores fotográficos.

¿Cuál era esta sustancia invisible? Setenta y siete sesiones no permitieron penetrar el secreto.

—Una comprobación importante— recuerda Osty—era el esfuerzo mental del sujeto en demanda de la materia que fuese. En la mayoría de las sesiones él anunciaba los movimientos de la sustancia y sus aumentos de densidad. Rudy Schneider la hacía actuar en el infrarrojo a nuestra demanda, lo que inmediatamente podíamos comprobar en nuestros aparatos.

EL IMPOSIBLE SECRETO

El enigma de la materia fluida que permanece siempre en todo esclarecimiento se podría hoy verificar si esta materia fuese bien real y si no se trata todavía de un truco.

—Los progresos considerables actuales de la técnica de los infrarrojos—ha declarado el secretario general del Instituto Metafísico— pueden ofrecer la posibilidad de descubrir esta sustancia en un período próximo a su información y estudiar los fenómenos más corrientes, como, por ejemplo, los desplazamientos de masas. Puede ser que los infrarrojos de grandes longitudes de onda, las ondas centimétricas empleadas en los radar y aun las vibraciones ultrasonoras con receptores de una gran sensibilidad, suministren informaciones visuales sobre el origen normal o paranormal de estos fenómenos y, sobre todo, de su evolución en la oscuridad.

Pero queda poner a punto los aparatos que permitan un control eficaz. El día en que sea posible realizarlo, se podrá decir "sí" o "no" sobre la posibilidad de los fenómenos de levitación.

Hasta que llegue ese día de tanta paz que la gente pueda perder el tiempo en el estudio de fantasmas y bailes de cacerolas, nosotros seguiremos creyendo que todo es una farsa y nos reiremos de los castillos con ruidos de cadenas y gemidos de los que, cubiertos por una sábana y con un farol en la cabeza, para amedrentar a los vecinos, sólo intentan robarles, y de todos los médium y veladores... y hasta de la oscuridad.

R. ORTEGA LISSOM

ALVARO DE LAIGLESIA Y SU "SEMANA DEL LIBRO"

"Mis libros se venden; los de los pelmazos, no".
"Hoy se encuentran pocas cosas interesantes"

"DE LOS CAFES SALIERON LAS CRITICAS MAS AMARGAS, PERO NO LAS OBRAS MAS IMPORTANTES"

ALVARO de Laiglesia, el hombre que nos hace reír, recibe el homenaje que le rinden los libreros por el éxito de sus publicaciones. ¡Que ya es decir! Porque que le felicite a un escritor su librero viene a ser algo así como que el jefe de oficina le recuerde a su empleado lo bien que trabaja. Se expone a petición de aumento de sueldo. Y el director de "La Codorniz" está satisfecho, porque considera a los libreros como a unos tíos simpáticos, con toda la barba de la simpatía; porque no siempre la gracia va a ser molletuda y coloradota ella. Alvaro tampoco es coloradote y molletudo y, sin embargo, hace reír. En su domicilio, cuidadosamente puesto y sin ninguna de esas cosas que nos figuramos que tienen en sus casas los humoristas—un camello, un elefante o algo fuera de lo corriente—, nos va explicando cosas y más cosas el popular humorista.

EL HOMENAJE

—¿Por qué el homenaje, Alvaro?
—Por todos los libros, desde "Un naufrago en la sopa" a "Sólo se mueren los tonos". Coincide además el homenaje con la quinta edición del primero de mis libros y la segunda del más reciente. Tengo cinco libros editados y en otoño saldrá uno nuevo, que título "Los ratones en el queso".
—¿No se venden libros en España?
—Los míos, sí; los de los pelmazos, no. No existe crisis de lectores: hay, simplemente, crisis de libros.
—¿Sobran escritores?
—Habría que inventar otra palabra para definir el oficio de escribir. Escritor es todo el que escribe, y el hecho de escribir no significa nada. Para el novelista, el humorista, el dramaturgo, no se debe generalizar con la palabra escritor. Buscar otra, como creador, fantasista, imaginador...
—Bien, ¿sobran entonces fantasistas, creadores, imaginadores...?
—Es que hoy se encuentran cosas poco interesantes. Hay que cerrar todos los cafés para que vuelvan a su torre de marfil los que se dedican a escribir. No se debe lamentar cada café que se cierra, sino alegrarse, por unas cuantas intimidades que se ganan. Si se evitase el hecho estúpido de tener que ir cada día a tomar una taza de café, el escritor escribiría más. Resulta mucho más moderno el bar, la cafetería americana, porque se pierde menos tiempo y lo que hace falta es trabajar. La crisis es de falta de trabajo y surge por el tiempo que se pierde en criticar a los demás. De los cafés salieron las críticas más amargas de España, pero no las más importantes obras.

LIBROS EN VARIAS EDICIONES

—¿Se venden sus libros?
—Se deben vender, porque todos van camino de varias ediciones. Pasaron de la primera y se acercan a la quinta.
—¿Qué dicen los libreros?
—Pues ya ve, su actitud, al dedicarme la "Semana", ha sido muy simpática, porque acordaron dedicársela a un humorista, que no fuera un señor con barba. Y es doble agradecimiento el mío, porque creo que tiene un gran mérito el que le den a uno homenajes en vida y no esperar a que ya se haya muerto. Después nos habla del hecho de que se le haya seleccionado a él entre tanta gente que escribe y que son los competidores de cada escritor en las estanterías de las librerías...

LA JORNADA DE UN HUMORISTA

—¿Dedica muchas horas a escribir?
—Toda la tarde.
—¿Rompe mucho?
—No, muy poco; pero escribo despacio.
—¿Cree en la inspiración?
—No, no creo en la inspiración. Se trabaja como obligación, sabiendo que hay que hacerlo. Hay días que existen ideas

sueltas sin saber por qué... Pero lo principal es el trabajo. El "Quijote" fué obra de trabajo...
—¿Qué tarda en preparar un libro?
—Las tardes de tres meses.
—¿Una comedia?
—Depende... Pero quizá un mes.
—¿Un artículo?
—También depende de las características del artículo, pero, generalmente, una hora.
—¿Qué es lo más importante para usted de su actividad literaria?
—Lo más importante para mí y para todo el mundo es el li-

bro. Es el que tiene más independencia. Es obra de arte por sí mismo. El libro, obra de arte perfecta, no necesita de ningún intermediario para mostrarse a los demás. Es un diálogo directo del escritor con el lector. Por lo tanto, es más importante que cualquier género literario. Ahí está la obra de Wenceslao Fernández-Florez, siempre fiel al libro. Es una obra permanente y sus libros tienen la misma vigencia hoy que cuando se publicaron. Claro que a la hora de la competencia es el libro el que encuentra mayor. Uno estrena una comedia y solamente en-



cuentra la competencia de los seis teatros dedicados al mismo género. En la librería se lucha constantemente con centenares de escritores y es una suerte que el lector pida el libro de uno.
Y en su torre de marfil—desde una torre, se pueden ver las cosas mejor que desde una cueva, afirma—dejamos a este magnífico humorista, trabajador incansable, que, todavía muy joven, ya tiene una extensa obra a sus espaldas y una serie de éxitos muy dignos de tenerse en cuenta.

Antonio D. OLANO

Lo que se dice por ahí

UN TITULO "EN SECRETO"

A Alvaro de Laiglesia no le gusta adelantar en mucho tiempo sus proyectos novelísticos. Pero hemos logrado "arrancarle" un título—sólo tiene el título y la idea—de la novela que seguirá al libro que tiene en preparación. Se trata de "Soy de la raza CD" y versa sobre el Cuerpo Diplomático, al que Alvaro está muy arraigado por razones familiares.

SE DESPIDIO RODERO

Jose Maria Roderó, hoy primer actor del María Guerrero, se ha despedido de las huérfanas dirigidas por Claudio de la Torre. Circulan diversos rumores, pero el más pintoresco es el de que le propusieron compartir el puesto con un actor que figura en la misma compañía. Y José María no se marcha ahora porque no quiere dejar "colgado" el estreno de "La rueda", pero ya puede considerarse como despedido.

LOS "CORTOS" DE MODA

Nos referimos a los "cortos" cinematográficos, en los que trabajan los cineastas intensamente. Amador Ossorio ha concluido una serie de ellos, en su mayoría artísticos o comerciales; se está ultimando el rodaje del reglamento de fútbol comentado, y Dorrell

Entra un tipo en el antedespacho de un gran industrial y se dirige a la mecanógrafa:

—¿He venido—grita— a romperle la cara a su jefe? La mecanógrafa contesta: —No está, señor. Lo siento.

Le preguntaron a Nietzsche qué mujeres prefería: si las charlatanas o las otras.
—¿Ah! ¿Pero es que hay otras?—preguntó el filósofo.

En una pequeña ciudad del Far West hay una tienda donde venden saxofones y revólveres. Un turista curioso le pregunta al comerciante qué es lo que vende más: si revólveres o saxofones.
—Verá usted—contesta el comerciante—. A veces me compran un saxofón. A poco llega un vecino del músico y compra un revólver...

prepara "cortos" biográficos de Benjamín Palencia, Vázquez Díaz y otros. Y ya que de pintores hablamos, les diremos—¡Ay, qué vida ésta!—que un pintor joven, Tino Grandio, trabaja como extra en "Alejandro Magno". Y hace de escultor. ¡Todo queda en casa!

MARIA JESUS, NUEVA EN ESTOS "PLATOS"

Ast, María Jesús, a secas. Y nueva en estos "platos", en los que comenzará muy en breve a rodar películas. Y no nos extraña, porque ella es así de guapa, así de joven y así de interesante. Una Monroe en bueno y a la española. Y nos la presentó nuestro polifacético amigo Martín, cuya popularidad llega a ustedes seguramente a través del fútbol ese. Porque él, internacional en los campos de juego, es también pintor, hombre de sensibilidad cultivadísima... y nada menos que amigo de esta desamparante María Jesús!

NOVELA A LA VISTA

Simplemente les diremos el título: "Dirección prohibida". Una firma nueva en la novela es quien la está realizando. Y hay ambiente de sensación en torno a este libro, próximo a terminarse. Se dice que armará revuelo esta "Dirección prohibida" porque es muy "de hoy". Esperemos.

LAS OBRAS DISCUTIDAS

Contra viento y marea—un viento de no premiados—se impuso "El hogar invadido". Y cuando todos creíamos que esta obra de nuestro compañero Trenas abandonaba el cartel, el público dijo "sí" y acude al Español. Y ahí la tienen por más tiempo del previsto y recibiendo intérpretes y autor cada día los más entusiastas aplausos del público bueno, es decir, del que no se presenta a los concursos y se "resente" cuando sale otro premiado.

A RODAR



Con la guapísima Mari Luz Galicia, Eduardo Manzano comienza en breve el rodaje de "Rio Guadalquivir". Se anuncia como sensacional. Y la "bomba" está en el director que va a realizarla. ¡Que el éxito les acompañe!

NUEVAS FORMACIONES

El teatro está mal, está perdido en provincias... es el eterno cantar de los que vuelven de arriba da más o menos forzosa. Pero cada día se anuncian nuevas compañías, y ahora José María Roderó prepara una en la que posiblemente figurarán Antonio Prieto, Elvira Quintillá, Rafael Alonso y

otra serie de figuras. Saldrian—a largo plazo—para enero próximo. Se habla de Angel de la Fuente y una compañía eminentemente juvenil. Maruja Asquerino nos confirmó que sale con Diosdado en septiembre próximo.

GIMENEZ ARNAU, EL INCANSABLE



José Antonio Giménez Arnau, destacado novelista y dramaturgo, es incansable a la hora de la creación literaria. Y ya está poniendo la palabra "telón" a su nueva comedia "El canto del gallo". Es adaptación de su novela del mismo nombre. Y a la par se está rodando la película, con guión del también excelente escritor Vicente Escribá. "El canto del gallo" será estrenada en Zaragoza con motivo del Congreso de Teatro Católico.

¿Y EL SUSTO QUE LE HAN DADO!

Un joven periodista—nos cuentan—prepara el libro de la crónica de un café literario de Madrid. Nos cuentan que unos amigos, en combinación con un camarero, quisieron darle un susto y le dijeron que otro literato estaba a punto de editar un libro semejante. El chico reaccionó haciendo imprimir anuncios de la próxima salida a la calle de su libro, ¡por si los "pisotones"!

COSSIO Y EL FUTBOL

José María de Cosso, como ustedes no ignoran, está muy relacionado con los círculos futbolísticos españoles. Frecuenta las tertulias de Baviera, asiste a los partidos y tiene un disgusto por el posible descenso del Santander. Cosso, gran aficionado a los toros, escribió el gran libro de los toros: "Los toros". Se preguntan los deportistas: "¿Prepara el libro del fútbol?" Pero él calla. De momento, oficialmente, no es más que un espectador aventajado del deporte de la glucosuria...

GERARDO Y EL MAR

Gerardo de Nardiz, nuestro compañero en la Prensa, es conocido de los cuatro océanos. De ahí sus magníficos artículos sobre temas marinos. Y ahora nos dicen—él no confirma ni niega nada... todavía— que publicará un libro sobre temas marinos. Sabemos que varias editoriales se interesan por recoger en un volumen los artículos de Nardiz en torno al mar. Pero lo que podemos adelantarnos es que este libro, de cara al mar, será de los más interesantes que se hayan escrito sobre tan apasionante tema.

VOCES POETICAS

Juan Torres Grueso



La seca tierra de La Mancha, con cuyo paisaje los intelectuales de comienzos de siglo crearon su cliché, nos envía la voz de un hombre sencillo, de un hombre suyo, poeta sin resabios. "Tierra seca" es el título del libro de poesías de Juan Torres Grueso, y tierra seca, así, sin pallativos, es la que alza su blancuquina polvareada, removida por el fuerte soplo de su aliento poético.

Es un canto construido de manera sencilla, honrada, emotiva: de la única manera que un hombre enraizado en esa tierra suele cantar para expresar, sin retorcimientos, el hondo lirismo que yace soterrado en las venas de la gente manchega; lirismo que aflora pocas veces, pero que siempre responde a las más auténticas motivaciones. Este lirismo de Juan Torres Grueso sobrenada en los versos por encima de la anécdota trivial de la temática, de la ingenua admiración, de los graciosos desplantes:

Y tengo lacio el cuerpo y firme
Igual que los sarmientos que, desnudos,
duermen solos de cara a la solana.
Yo soy áspero y seco
como la tierra que a mis pies se
lmece.

¡Cuánta historia de siglos
en esta tierra seca!

Si, si; mi pueblo, ¡mi pueblo!
¿Y qué pasa con mi pueblo?

El poeta de Tomelloso nos pinta una Mancha dura, árida, seca, casi carente de regatos, de verdor

—Mancha que nada tiene que ver con la reflejada en algunos reportajes periodísticos recientes—, con cuyos elementos temple sus sencillos y honrados versos: "Tierra de tierra con noches de mar sin mar; tierra que sueña con nubes blancas en el regazo de un río; tierra llena de imágenes sobre la sed, hasta tal punto, que sólo cabe beber en sus surcos, si se exceptúa la gloria de su río, la dolorosa y eterna geometría de sus olas".

El libro de Juan Torres Grueso "Tierra seca" ha sido cuidadosamente editado bajo la dirección de José García Nieto, del cual son las acertadas palabras de presentación impresas en la solapa, y está realizado por unos dibujos bien ambientados de Rafael Peña. Jesús ACACIO

LIBROS Y REVISTAS

CAMINO FRANCÉS: "De Pontevedra a París por la ruta de las peregrinaciones".—Pontevedra, 1954.

Una alumna de quinto curso del Instituto de Pontevedra narra de una manera muy viva, amena y graciosa las incidencias de una excursión escolar realizada por alumnos de aquel centro docente en el pasado Año Santo jacobeo de 1954.

ARTURO ESPINOSA POVEDA: "Las relaciones laborales en el campo".—Madrid, 1951.

Esta segunda edición de la notable obra de Espinosa Poveda, eminente especialista de Derecho Social Campesino, reaparece enriquecida con las modificaciones introducidas por la orden de 24 de julio de 1950. El estudio de las cuestiones relativas al trabajo en el campo, tiene en este libro un carácter eminentemente práctico que lo hace sumamente útil como guía y libro de consulta a quienes, por su actividad, han de resolver cuestiones de esta índole: empresarios, asesores, obreros, etc. Después de una breve introducción histórica, se examinan las normas, clasificación, jornada, accidentes, salarios, zonas, etc., del trabajo campesino y las correspondientes precisiones de doctrina jurídica. Se formula también una "Ordenanza general del trabajo en el campo", y, en varios apéndices, figuran las tablas de salarios correspondientes.

VICTOR SERGE: "El caso Tulaev".—Luis de Caralt.—Barcelona, 1954.

En forma novelesca nos da aquí Víctor Serge, el conocido intelectual e historiador de la revolución rusa, de filiación trotskista, un cuadro de una de tantas depuraciones o "purgas" soviéticas organizadas por Stalin. A los hechos, relativamente muy conocidos y fáciles de identificar, Serge añade en estas páginas el "ambiente" y la terrible angustia que sacude a los personajes en el momento en que comienza a pensar sobre ellos la terrible amenaza, se producen las detenciones, los interrogatorios, etc. Un gran sarcasmo preside todo el conjunto del libro que, esencialmente, es una nueva aportación al tema ya tratado por Koestler, Kravchenko, etc.

CARLOS OLLERO: "Estudios de Ciencia Política".—Editorial Nacional.—Madrid, 1955.

Componen este volumen diversos trabajos publicados anteriormente por el autor, jurista y pensador político de máximo relieve, en revistas y publicaciones especializadas. Divididos en dos partes, dichos ensayos se refieren a la política propiamente dicha ("idea, forma, realidad"), y las implicaciones de las ciencias sociales con la misma ("Derecho, Sociología, Ciencia Política"). Los títulos de los diversos trabajos son: "La relativización actual de los principios políticos", "Radicalismo y realismo en la

política", "La forma política" y "La política como actividad humana" en la primera parte. La segunda parte reúne: "Derecho Político y Sociología", "El Derecho Político como ciencia política", "Ciencia política y Sociología", "Evolución actual de la ciencia política" y "La teoría del Estado y el Derecho Constitucional en el sistema de Derecho Político como ciencia política".

A pesar de su diversidad, los ensayos del señor Ollero ofrecen cierta unidad ideológica que les da unidad y sistema y hace sumamente original e interesante el contenido del libro.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ: "La Virgen ha llorado en Siracusa".—Ediciones Studium.—Madrid, 1954.

Un verdadero "documental" periodístico, exacto y minucioso, es éste que nos ofrece Ortiz Muñoz del prodigioso sucesor acaecido en Italia, sobre cuyo valor milagroso habrá de decidir la Iglesia en su día. Entretanto, el autor, hombre de fe y espíritu animado de la más excelente vocación periodística, nos depara en estas páginas una información de primera mano, un testimonio vivido del viaje que, llevado por su inquietud religiosa y profesional, emprendió a Siracusa para ver sobre el terreno el escenario de los hechos. El libro, unas 120 páginas, está profusamente ilustrado con fotografías y gráficos.

AURELIO JONIQUET: "Alfonso Sala Argemí, conde de Egara".—Espasa Calpe, S. A.—Madrid, 1955.

Más que de una biografía estricta, las copiosas páginas de este libro son un notable y detallado estudio de una época y de sus vicisitudes políticas, económicas y sociales. El autor ha compuesto una obra magnífica, de extraordinario valor histórico y documental para comprender la evolución de Cataluña en este siglo; su biografía, el conde de Egara, es uno de esos prohombres que aciertan a dar impulso al progreso y dejan en la tierra natal, Tarrasa, la impronta de su genio emprendedor y de su fuerza. Además, Alfonso Sala, el más devoto personal de Alfonso XIII, tuvo bastante parte en la política española de los años anteriores a 1931, principalmente en lo que se refiere al regionalismo y separatismo catalán, contra el que se manifestó firme y consecuentemente, aunque no menos comprensivo.

El libro, obra de un ilustre abogado egarense, don Aurelio Joniquet, está dividido en cuatro partes: "Visión de la nacionalidad", "Debelación del nacionalismo catalanista", "Luchas entre librecambistas y proteccionistas", y "Progreso de la técnica textil", que se refieren a otros tantos "momentos" del biografiado en su medio ambiente. Está ilustrado con notables y abundantes fotografías.

EL DRAMA DE LA GUERRA DESTROZA EL CORAZON DE DOS SENCILLAS MUJERES

"ME TIRARE POR LAS ESCALERAS SI ME QUITAN A MAMA"



La señora Skrobanek se abraza a la niña. "Esta niña—exclama—es mi única razón de vivir"



Esta pequeña francesa no quiere separarse de su madre adoptiva, alemana. El amor une así a los dos pueblos un día enemigos

JOSETTE-CLAUDE Phelippeau, nacida en Schwaebisch, el día 7 de septiembre de 1943, conforme a las disposiciones del artículo 11 de la ley proclamada por la Alta Comisión Internacional, es considerada refugiada en Alemania, y conforme a dicha ley, debe ser entregada a su madre, la señora Georgette Cadi, inmediatamente.

Cuando la señora Erna Skrobanek leyó el documento, creyó morir. Después de diez años de llamarla hija, la pequeña Josette se había convertido en su razón de vida. Por ella había hecho toda clase de sacrificios maternales, en ella había depositado todas sus esperanzas. Ahora, bruscamente, aquel odioso comunicado de una autoridad que ella desconocía, de una inhumana autoridad oculta tras de centenares de papeles, la ponía ante la más triste y dolorosa de las realidades: Josette ha sido reclamada por su verdadera madre.

Aquí está uno de los dramas más atroces que ha desencadenado la guerra, uno de esos dramas que los seres humanos no somos capaces de resolver, pero que la fría justicia de las leyes pretende saber solucionar. Un drama que pone frente a frente el dolorido corazón de dos mujeres, ambas con idénticos derechos sentimentales sobre una niña, ambas sin otro pecado que el de amar, por encima de todas las cosas, a "su" pequeña Josette.

LA SEÑORA PHELIPPEAU CUENTA SU HISTORIA

—Los terribles azares de la guerra me llevaron a Alemania, donde nació mi hija, en 1943, durante un terrible bombardeo. En enero de 1944 tuve que separarme de ella para depositarla en una guardería infantil. Sólo las madres que, como yo, hayan sufrido esa penosa separación pueden comprender mi dolor. Durante bastantes meses supe con mucha frecuencia de mi pequeña. Se portaba bien y gozaba de excelente salud. Estas noticias me consolaban, si cabe consuelo para una madre que vive los rigores de una guerra lejos de su hijo. Luego vino el silencio total sobre el destino de mi pequeña. Terminó la guerra; tanto las religiosas a las que se había encomendado su custodia como yo escribimos verdaderas montañas de cartas a todas las organizaciones mundiales. Al final llegó el milagro: mi hija vivía en Alemania con su madre adoptiva, la antigua nodriza a la que la encomendaron las religiosas, y que había tomado un cariño apasionado a mi pequeña.

"ME TIRARE POR LAS ESCALERAS"

Efectivamente, la señora Skrobanek había sido encargada por las religiosas alemanas de la custodia de la pequeña.

—La quiero tanto, que pedí el divorcio con mi primer marido

porque él no quería prohiar a la pequeña. Mi esposo la adora tanto como yo. Toda la villa de Ebersberg, donde vivimos, la quiere, todos me ayudarán para que no la pierda. No es cierto que pretendamos escapar a la zona de ocupación rusa para llevárnosla, como se ha pretendido; pero nos defenderemos con todos los medios legales. Nos hemos sacrificado por la felicidad de Josette. Pidió un gatito últimamente, lo tuvo al día siguiente. Su gata ha tenido luego dos gatitos, ha querido conservarlos y se lo hemos permitido; son pequeños humanos detalles que demuestran cuánto la adoramos. No sé lo que sería capaz de hacer si me la llevan a Francia.

Josette sabe perfectamente cuál ha sido la decisión tomada por el juez.

—Soy capaz de tirarme desde lo alto de la escalera si me quieren quitar a mamá—ha dicho.

Y sería capaz de hacerlo, si hemos de juzgarla por su aspecto decidido, su mirada valerosa y su gesto de adolescente capaz de arriesgarlo todo por las personas a quienes ama.

ENCUENTRO EN EL JUZGADO

—Cuando supe que mi hija estaba en el hogar de su antigua nodriza—dice la señora Phelippeau—, puse el asunto en manos de un abogado; al final tuve mi primera entrevista con mi hija en el despacho del juez de instrucción. No olvidaré aquella escena en mi vida. Llevaba el maletín de mano lleno de pequeños regalos para mi pequeña. La vi entrar con sus padres adoptivos. La encontré altísima para su edad. Tiene once años, pero representa ya quince. Yo tenía unos deseos locos de precipitarme a abrazar con pasión a mi hija, pero el juez americano me había prevenido:

"Hemos tenido que advertir a la muchacha que la señora Skrobanek no es su verdadera madre; ha aceptado muy mal la noticia, y va a recibirla de modo glacial. Además, su hija sólo sabe hablar bávaro, no conoce una sola palabra de francés."

Efectivamente, Josette se adelantó fríamente hasta su madre, le tendió la mano con cortesía y exclamó:

—"Guten morgen."

No obstante, Georgette Cadi creyó que en aquel momento su calvario había terminado, la etapa del dolor comenzaba ahora para la otra madre, la sencilla aldeana alemana, para la cual no hubo jamás enemigos porque en su corazón sólo cabía la palabra paz, la bondadosa señora Skrobanek, que tiene levantado en su hogar un reino de felicidad en honor de su hija francesita.

EL JUICIO DE SALOMON Y EL FOSO DE UNA FRONTERA

Las dos madres están dispuestas a cualquier sacrificio, excepto a la pérdida de su hijo. El terrible drama no admite el juego de Salomón. La distancia que separa los dos hogares de Josette es muy grande, y además, entre ellos se abre el foso infranqueable de una frontera.

Además, Josette no tiene ahora tres años, tiene once; es una muchacha inteligente, es un corazón humano, es una inocente criatura que sufre. Ella es la tercera víctima del drama. Entre estos tres corazones femeninos pronto levantará murallas la fría palabra de la justicia. Mientras, en todas las almas de las mujeres del mundo, las que más duramente conocen las dramáticas consecuencias de las guerras, está escrita una sola palabra de esperanza: PAZ.



"Menta" es el nombre de este abrigo de otomán negro, que se completa con el vestido "Noche", en tesor blanco bordado en negro, creaciones de Asunción Bastida, que ha lanzado esta temporada las líneas "Serena" y "Vendaval".

De mujer a mujer

por NURIA MARÍA



CONTESTACION A TERESA MARIN

Por desgracia, ese pequeño defecto, como usted lo llama, es de los de difícil resolución. Cuando las extremidades superiores o inferiores se proponen estar en discordancia con los perímetros del tronco, suele resultar inútil toda tentativa para reducirlas o aumentarlas.

Haga usted los ejercicios apropiados para adelgazar las piernas, que en cualquier libro de gimnasia encontrará. Es lo único que puedo aconsejarle; pero le advierto que la mejora no será, probablemente, tan ostensible como usted desea. Sobre todo sea constante y dedique a los ejercicios gimnásticos media hora diaria por lo menos.

Estimada señora: No he vacilado en escribirle, porque tengo la absoluta seguridad de que, con la ayuda de usted, verá definitivamente claro lo que debo hacer.

Cuando tenía dieciséis años tuve relaciones con el hijo del médico del pueblo donde verneábamos en el Norte. Fué cosa de niños, pero él lo tomó muy en serio. Era un temperamental apasionado, muy sentimental, escribía poesías muy bonitas y me decía cosas preciosas. De aquel verano tengo, al recordar, sabor de arena dorada, cielo y mar de porcelana turquesa y la caricia de unos ojos maravillosamente verdes, de mi pequeño novio.

Me fui y, cosas de la vida, me cansé de escribirle. No volví a vernear por allí por espacio de trece años, en los que he tenido dos novios, que han sido dos fracasos. De mi amigo del Norte no supe más una vez que dejé de contestar a tres o cuatro cartas suplicándome no le dejara.

Con motivo de arreglar una casita que mi abuela me dejó y que es aquella donde íbamos a vernear, he venido a pasar unas semanas aquí, desde don-

de la escribo. La misma tarde que llegué fui a la playa, pareciéndome que no habían pasado más que dos o tres días desde que la visité por última vez. Soñaba un poco (soy romántica, aunque no sensible), cuando le vi venir a él. Con más fuerza se levantó el ayer para mí, como una página que se abriera muy cerquita. Le reconocí inmediatamente y me sorprendieron unas prematuras canas en sus sienes. Pasó por mi lado, rozándome; me saludó con un "buenas tardes", y se fué. No era posible que no me hubiera reconocido e inconcebible que a propósito lo hiciera como venganza. Le llamé impulsivamente. Se paró en seco. Se volvió lentamente. Le miré. Nunca me parecieron tan bellos sus ojos como en aquel momento. El se pasó la mano por la frente y murmuró mi nombre. Avancé hacia él, tendidas las manos. No me correspondió. "Pero... ¿no quiere perdonarme?"—le dije.— "¿No quiere darme la mano, como hacen los amigos?" La tendió entonces; pero un súbito escalofrío recorrió mi cuerpo de pronto. Aquella mirada... ¡Oh, sí, Nuria María! Está ciego. Es algo incurable, algo que le robó su juventud a los veinticinco años. Le escuché cara al mar, donde tantas veces oí sus hermosos proyectos de adolescente. Pero no estaba triste. Parecía rebosar paz. Le han publicado dos libros y está escribiendo otro de poesías. Y desde aquella tarde le he visto cada día y siento un aliento nuevo en mi corazón. Me necesita, lo sé. Creo que será dichosa. ¿Verdad que puedo serlo? Preciso de su consejo amigo y sincero, señora...

Besa su mano—UNA ROMÁNTICA

CONTESTACION

Dichosa puede ser, pero no he de afirmárselo. Con su interrogación prueba que no está convencida de ello, y únicamente de usted misma ha de partir seguridad. Veo en su románticismo un serio peligro para los dos. A usted que le incli-

CONTESTACION A MARISA

A la Virgen del Pilar doy con anticipación las gracias por los favores que me habrá de conceder, piéndoselos personalmente buena como usted, Marisa.

Desaparecerá esa caspa que la preocupa cepillándose el cabello un buen rato, un par o tres veces al día y manejando el cepillo en todas direcciones. Masajéese seguidamente el cuero cabelludo, lavándose la cabeza cada doce o trece días.

Diariamente, por la noche, después de los cuidados citados, friccióne el cuero cabelludo con una mezcla de aceites que conste de:

Acite de enebro, 5 gramos; almendras dulces, 50 gramos.

A estos aceites ha de ir adicionado:

Acido salicílico, 1 gramo. Cuando desaparezca la caspa, suprima la fórmula, pero siga con los demás cuidados, que han de ser constantes e ininterumpidos cuando se desea una cabellera hermosa.

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María. Apartado 12.141, Madrid.)



Traje de calle estampado y echarpe de la misma tela, por M. Iñáñez

LOS OJOS DEL MUERTO

POR H. Martin y G. Lewis

recodo del pasillo. Me lancé hacia ella, pero desapareció de mi vista. Las luces se apagaron. Oí unos pasos rápidos, sentí una ráfaga de aire y tropecé contra una pared. Soltando una maldición, palpé la pared buscando el interruptor de la luz. No encontré ninguno. Meñé la mano en el bolsillo, buscando mi encendedor. Mi mano quedó allí. Oí el ruido de una puerta al cerrarse. ¿La de la salida de urgencia?

El pasillo estaba negro como boca de loco, pero doblé el recodo, encontré la puerta y busqué el picaporte. La puerta era pesada.

Cambié la pistola de mano y tiré con la derecha. Sentí mi hombro frío y húmedo bajo la ropa. La sangre comenzaba a empapar mi chaqueta. La puerta cedió. Me encontré en el rellano de una escalera débilmente iluminada.

Bajé los escalones de tres en tres, pero me detuve en el rellano del segundo piso.

Desde abajo me llegó un rumor de voces. Se abrieron puertas. Oí el ruido de muchos pasos al correr. La gente comenzaba a agolparse, adivinando al tragedia, como una manada de chacales que ventean un cadáver reciente. Era una forma precaria de satisfacer el deseo humano de violencia. Imaginé los ojos brillantes y la aterrada emoción ante la posibilidad de un crimen. ¡El doctor Goldner, asesinado!

Un sollozo me sobresaltó. Por un instante no comprendí que había salido de mi propia garganta. Después, en mi interior, prendió el odio, borrando los demás sentimientos. Un odio invencible, abrumador e implacable por el invisible asesino del doctor Goldner, que me impulsó a seguir bajando la escalera.

Abrió una puerta. Estaba en el extremo sur del vestíbulo. Entonces sólo tenía que confundirme entre la creciente muchedumbre de curiosos. Pero ¿por dónde saldría? Había varias salidas: una daba a Wilshire; otra, a Rodeo Drive; otra, al lugar de estacionamiento de la parte de atrás; otra, a través de una farmacia.

¿Cuál escoger? Una sirena de la Policía me heló la sangre. Me acordé de Personality. A mí no me cogerían como culpable.

Sufriendo una agonía de incertidumbre, abríndome paso a codazos, con el brazo de la pistola apretado contra el cuerpo, con la pistola en el bolsillo, con la otra mano apretándome el hombro herido, pasé entre los curiosos y salí al lugar de estacionamiento.

Fuí a ocultarme tras uno de los coches y caminé tras una compacta hilera de automóviles.

Oculto por el último, miré alrededor y vi a dos coches de la Policía detenerse delante del hospital, y a la teniente Shafter bajarse de uno. Después oí el ruido de un motor y distinguí el coche negro al otro lado de la calle.

Casey miraba por la ventanilla, observando aquella conoción.

Corrí hacia él, subí de un salto y la intimidé con la pistola.

—En marcha—dije.

Ella, aterrada, me miró con los ojos muy abiertos. Parecía demasiado atónita para moverse.

—En marcha!—repetí.

El coche se puso en movimiento en el preciso instante en que otro coche de la Policía se detenía delante del hospital. De él bajaron tres policías y dos paisanos. Ajusté el espejo retrovisor, sonreí ceñudo y le ordené que siguiese hacia el Norte, pero no demasiado de prisa; a unas veinticinco millas por hora. Quería saber lo que ocurría detrás de mí.

—¿Qué ha sucedido?—gritó Casey—. Estás herido. Tu hombro sangra espantosamente.

—Un tiro—murmuré. Comenzaba a sentirme mareado—. Entra por Santa Mónica, hacia una calle tranquila.

—Pero la herida, la infección... Necesitas que te curen. A casa... Es el mejor sitio...

—Allí es donde primero me buscará la Policía.

—¿Que te buscará la Policía?

—Han disparado contra el doctor Goldner. Su enfermera, y a estas horas todo el mundo, cree que he sido yo.

—¡Es espantoso! Naturalmente, tú no has sido.

Dejó esta afirmación en el aire, como si fuese una pregunta.

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué voy a creer que has sido tú? ¿Sólo porque estabas allí?—su voz fué brusca y precipitada.

—Ese es el caso. Yo estaba allí. El mismo sistema de siempre.

—¿El mismo sistema de siempre?

Apartó los ojos del tráfico para mirarme, y casi chocamos contra un camión que iba delante.

—¡Cuidado!

Automáticamente mi mano había cogido el volante, desviando el coche.

—¿Qué sistema?—repetió.

—El de echar la culpa a otro. Ya hay un sospechoso lógico. Hasta ahora siempre ha dado resul-

Sueño. Vete a casa y haz mis maletas. Después las escondes en el portabultos. En caso de que la Policía registre el coche, tú no sabes nada de eso ni de mí. ¿Me comprendes?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Dónde tiene Jarvey su aeroplano?

—En el aeródromo de Van Nuys. ¿Por qué?

—Vete a casa de Jarvey—hablé precipitadamente—.

Pídele que te escriba una nota para el aeródromo dándome permiso para coger su aeroplano. Telefonéame cuando lo tengas. No vengas a decirme. Sólo telefonéame.

Estábamos en una manzana del Hotel del Sueño. Miré una vez más por el espejo retrovisor. El Strip estaba casi desierto.

—¿Adónde piensas ir?—habíamos llegado al Hotel del Sueño.



tado. Primero, Clinton Page; después, Stoker; ahora, yo. Pero esta vez el sistema fracasará.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo que esconderme cierto tiempo.

—¿Esconderte? ¿Dónde?

—En un sitio donde no me encuentren. No puedo enfrentarme con la Policía hasta que...

Me callé y miré por el espejo retrovisor. Detrás de nosotros, un coche de la línea de tráfico adquirió velocidad. Vi cómo sus faros se movían de derecha a izquierda al adelantar sucesivamente a cuatro coches.

—Sal de Santa Mónica y dirígete hacia Sunset—dije.

Giramos hacia el Norte por Linden Drive.

Casey parecía estar pensando.

—¡El Hotel del Sueño! Tengo las llaves. Puedo ocultarte allí hasta por la mañana. Y allí te podré curar la herida. Tengo un botiquín de urgencia en mi mesa.

Le acaricié la mano.

—Eres un genio, Casey, pero tú no me curarás la herida. Voy solo. Dame la llave.

—Está en mi llavero—indicó las llaves que estaban en el tablero de mandos. Giramos a la derecha por Sunset—. Pero tu hombro necesita una inmediata atención—en sus ojos se reflejó una expresión preocupada—. No podrás curarte solo.

—Ya me las arreglaré. Tú tienes que hacer otras cosas si realmente quieres ayudarme.

Ella levantó una mano del volante, y con ella apretó la mía.

—Ya sabes que sí.

—De acuerdo. Entonces, déjame en el Hotel del

—No tengo tiempo para explicártelo. Dame la llave.

—Yo te llevaré en el aeroplano.

—¿Tú?

—Tengo el título de piloto.

—Eres una mujer extraordinaria, Casey. Te lo agradezco, pero haz lo que te digo.

Me dispuse a bajar del coche.

—No entres por la puerta principal. Por la parte de atrás hay otra entrada—llevé el coche a una calle lateral, y al cabo de unos cuantos metros giró nuevamente, meliéndose en un estrecho callejón. La luz de la luna iluminaba las casas con claridad espectral—. Espera un momento en el coche. Quiero asegurarme de que no hay moros en la costa—frené y se bajó cautelosamente. Cuando me dispuse a seguirla, se volvió y dió una patada en el suelo—. Haz lo que te digo—murmuré violentamente—. Espera en el coche. ¿Es que quieres hacer siempre lo que te da la gana?

No tuve más remedio que quedarme en el coche, vigilando, mientras ella exploraba el callejón. Con excepción de los acostumbrados cubos de basura, dos viejos neumáticos y un gato al acecho, el sitio estaba desierto hasta donde alcanzaba mi vista.

Al cabo de un par de minutos, Casey reapareció junto al coche. Yo salté a la acera no muy ágilmente.

—Por favor, no enciendas las luces—murmuré—. El botiquín de urgencia está en la mesa, frente al gran modelo de cama. Mientras te estás curando el hombro puedes encender la luz pequeña que hay sobre el lavabo, si cierras la puerta del cuarto de aseo. Pero no te olvides de apagarla cuando

acabes, ¿entiendes? Y no te muevas de la habitación trasera. Si oyes al vigilante nocturno, no te preocupes. No entra nunca allí. Recorrerá con su linterna la parte principal de la tienda y se marchará—hizo girar la llave en la cerradura y abrió la puerta—. Coloca la aldabilla por dentro para que nadie pueda entrar—me previno.

A la luz de la luna ella casi tenía un aspecto etéreo. Levantó la cara hacia la mía.

—Sea lo que sea lo que me vea obligado a hacer de ahora en adelante, Casey—dije con voz ronca—, recuerda que nunca he deseado causarte ningún dolor. Te quiero.

Ella no dijo nada. Me inclinó y la besé en los labios. Ella se separó de mí, me dirigió una mirada seria y un poco dolorida y volvió al coche.

Permanecí junto a la puerta hasta que el coche, retrocediendo, salió del callejón. Después la cerré, sin quitar la aldabilla de fuera, de manera que podía abrirse fácilmente desde el exterior. Y de pronto me acordé de que Casey se había llevado la llave.

CAPÍTULO XXXII

Estaba en una habitación almacén del sótano. Caminé entre cajones cerrados y barriles, pilas de colchones de todos los tamaños e hileras de camas apropiadas para cualquier temperamento. Las pequeñas se codeaban con los monumentales lechos que parecían contruidos para dormir con comodidad diez personas, horizontal, vertical o diametralmente. Camas gemelas, prototipo de la respetabilidad, parecían tutearse con los bajos divanes de estudio, concebidos principalmente para los amores bohemios.

El atravesar aquella habitación fué como volar a ciegas, pero lo conseguí; encontré la puerta al final, la abrí, subí cuatro escalones y descubrí la "habitación trasera". Me produjo la impresión de hallarme con una famosa estrella de cine sentada en el sillón de un dentista. Allí estaba todo el mecanismo expuesto al desnudo; allí estaba el funcionamiento interior del Hotel del Sueño; allí era donde giraban las ruedas.

Una hilera de conmutadores negros revelaban una complicada centralita, casi tan complicada como la de una estación de radio. Me pregunté qué conmutador sería el de la habitación con ruido de agua, el que encendía las mantas eléctricas, el que ponía en marcha los discos.

Antes de encontrar el botiquín de urgencia de Casey tuve que abrirme camino a través de una pirámide de almohadas de plumas de ganso; apartar un montón de camisones de señora y una caja de cartón llena de antifaces y bolitas para los ojos; esquivar un mostrador donde se vendían soporíferos y tropezar con el cable de un calentador eléctrico.

Cuando llegué al cuarto de aseo, entorné la puerta, encendí una pequeña luz fluorescente sobre el lavabo y traté de quitarme la chaqueta. Pero la tenía pegada al hombro como un esparadrapo. Me mordí los labios para no gritar y me apoyé contra el lavabo para no caerme. Pero finalmente me la quité. En ella había gran cantidad de sangre coagulada.

Mientras me rompía la manga de la camisa, me pareció oír algo en la habitación contigua. Acerqué el oído a la puerta y escuché, pero no oí ningún ruido más. "No te quites la camisa, Anders", me dije.

Me lavé el hombro lo mejor que pude con los primitivos medios que tenía a mano, me vendé toscamente la herida y dejé lo demás a la Naturaleza. Después me eché agua fría en la cara, me humedecí las muñecas, me bebí un vaso de agua y abrí la puerta, proyectando luz suficiente en la habitación para poder ver lo que en ella había.

En una esquina, ocupándola completamente, vi un rincón modelo para dormir. Había en él una gran cama expresamente hecha para el durmiente inquieto, con sitio suficiente a ambos lados para colocar lo que se quisiera. Las mantas, naturalmente, eran eléctricas. Tenía muchas alfombras. La cabecera de la cama estaba equipada con botones que accionaban la radio, regulaban el calor, abrían y cerraban las ventanas y bajaban las persianas. Había revistas y libros, cuyos títulos sólo favorecían el sueño; lámparas de noche con globos azules y cortinas con dibujos que representaban la luna, las estrellas y las nubes. A un lado vi unas falsas ventanas con largas y pesadas cortinas sobre unos visillos negros.

Todo esto estaba semirredondeado por un cristal opaco de los que tanto gustan actualmente a los

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)

EXPOSICIÓN DE PINTURA HOLANDESA. — Ante un Certamen tan propicio para el comentario como el Inaugurado en el Museo de Arte Moderno se hace precisa la síntesis acerca de este grato envío que viene titulado con acierto e intención: "Joven Pintura Holandesa". La Juventud parece ser que está más ligada a la obra que a la edad de algunos artistas; pero haciendo caso omiso del tiempo, procuraremos ofrecer a los lectores una breve idea de la Exposición. Tres salas dividen, o pretenden dividir, las tendencias, y es, para nuestro juicio, la más interesante, la última, dedicada casi por entero a los movimientos abstractos. Lo es porque en relación a las anteriores es la que mejor sirve de índice para apreciar hasta dónde ha llegado la aportación holandesa a la pintura contemporánea, utilizando como rasero del aprecio la calidad, ya que no la invención. Las dos salas anteriores siguen, como en la mayoría de los países, en el expresionismo, en el neoespressionismo y en el neorealismo, y a estas estéticas, de tipo general, acompaña la inevitable y larga lista de discípulos a lo Cezanne y a lo Van Gogh. Todo ello enmarca bien por ese sentido "tradicional", que, por insistencia y abundancia, ha logrado tener la pintura de nuestros días. Las dos salas primeras están ocupadas en salvaguardar valores esenciales de las conquistas primeras sin que en ellas exista la obra decisiva o la isla que destaque por sus cualidades de excepción. Existen méritos más o menos grandes, sensibilidades más o menos atractivas; pero no existe la obra que tenga un acento especial y distinto capaz de revelar a una personalidad o a un pintor con lenguaje propio y con una aportación singular.

La selección se ha hecho con un bien medido juicio de exporta-

Noticia y crítica de ARTE



"Mujer con cerdo muerto", de Van Saert

ción, y acaso este clima de apurados signos en las aceptaciónes haya sido preciso para llegar a una conclusión de bondad en la que nada desentona del conjunto, y, también, en la que nada sobresale con características especiales. Es posible, casi seguro, que por indicios ciertos muchos de los nombres que se figuran en el catálogo tengan en su haber obras de un empeño más depurado y con unas excelencias más personales; pero el tono de identidad que se ha querido lograr se ha conseguido acaso con el sano criterio de presentar un conjunto que, como tal, merezca un buen calificativo.

Para nosotros, repetimos, la Exposición tiene un interés más marcado en la sala tercera, y en ella son mayores las anotaciones y los recuerdos. Estos empezaban en el seguidor picassiano Pierre van Soest, que en tres lienzos hace patente la angustia plástica del gran renovador de la pintura, a la que el pintor holandés imprime un sello muy sugerente más acusado en el cuadro titulado "Campesina con cerdo muerto". El color se aclara para in-

sinuar y delimitar formas que entran en otro juego más alto que el inmediato de la anécdota. La pintura se alza en bello sentido armónico, supeditando el posible elemento humano a la creación del cuadro-objeto que es el resumen del concepto de una época picassiana.

Tres nombres llevan a un pensamiento plástico superior. Sea el primero el de Cees Keus, y de los tres cuadros presentados el que mejor lo expresa, para un espectador general: "Ventana", en donde puede llegarse a una filiación abstracta-dialéctica, al estilo Kandisky, ya que hasta el sentido romántico—entiéndase bien la filiación de escuela—surge espontáneo para perseguir por caminos espirituales la meta abstracta, sin que la ligadura que le ata a la representación se acabe de perder del todo. Cees Kaus es seguidor del feliz teorema que dice: "Ninguna cosa es visible o tangible", que ya tuvo por el año 1910 otra aclaración: "Bajo lo visible o comprensible están lo invisible y lo incomprensible". Y para llegar a esta conclusión escueta este buen pintor holandés,

si bien pone en el cuadro lo subjetivo, lo hace sin olvidar lo referencial; aunque intente su transformación o más bien su inclusión en la pureza pretendida.

Wim Kersten es otro abstracto al que podríamos seguir en el color por el guiño de sus verdes.

Para el espectador curioso dejemos los nombres de Van der Spoel, P. Defesche y J. Goeting, sin que la avasallante escenografía de Frans G. Nols haga impresión en nuestro ánimo.

Y sobre aficiones particulares queda la ofrenda de esta aportación holandesa que llega casi a la par que los tulipanes y que posee un evidente interés, pues no en vano los pintores que exhiben sus obras son herederos de aquellos que descubrieron el exterior y el interior de la Pintura en tiempos en que "bajar" el quehacer artístico a la casa o acercarlo al árbol era atrevimiento grande.

EL SALON DE HUMORISTAS.

Este Certamen popular, que ha servido para dar entrada a muchos, para hacer sonreír a otros, y para que el aficionado acuda al arte menor del dibujo o de la ilustración, que con fortuna personal puede hacer mayor, ha inaugurado un año más su sala en el Círculo de Bellas Artes. En la Exposición se hace homenaje a Penagos, tan bien glosado por José Francés, y se hacen destacar los envíos de Goñi—espléndido ilustrador, que necesita ocasiones más grandes que el periodismo de cada día—, Mingote, Antequera, etc., y la aportación del artista filipino Lasa con sus bien concebidas caricaturas. En resumen un Salón con humorismo, dudoso en ocasiones; pero siempre fácil para que el público invada las salas y se ría con los chistes sobre los tranvías, los autobuses y las subsistencias.

M. SANCHEZ-CAMARGO

MUNDO Ligerero



"El estreno de "Candilejas" ha constituido un gran éxito."
(De los periódicos.)

De nuevo Charlot ha tenido éxito en su último idilio; el único idilio que ha sabido serle constante; el de la popularidad y el éxito.

Desde hace años, desde que era un "clown" sin futuro, y, peor que todo, sin esperanza, el éxito y la popularidad se prendaron de él, y fueron arrojando dinero y mujeres en sus brazos. Pero las mujeres partieron, probablemente porque el destino de Charlot es la soledad. Hasta hoy, cuando "Candilejas" repite en Madrid el eco de los aplausos que obtuvo en todo el mundo, este eco apaga la noticia, no sabemos si cierta o no, de que su mujer intentó, en la tierna Suiza, separarse de él. La hija de O'Neill, el dramaturgo, no ha podido, probablemente, resistir la tentación de hacer continuo el drama de Charlot. Quizá la noticia sea cierta, quizá no; pero ello no hace al caso. Porque el caso de Charlot se confirmó ya en sus otras soledades.

Este hombre pequeño, que hizo reír a todas las inteligencias del mundo, padece un destino trágico: el destino de la publicidad. No le hay más duro ni que mejor destroce la vida íntima, y así Charlot —el hombre más popular acaso del mundo— padece hoy que se le proyecte, tal como es, sin su hongo ni sus zapatones, en la gran pantalla mundial. Charlot, sin caracterizar, sin amores ingenuos ni soledad de celuloide, no es Charlot, y no se le conoce en este "gentleman" casi anciano, que sonríe sin doble fondo bajo su blanca cabellera. La verdad; Charlot, visto así, tiene aire de presidente recién elegido.

Probablemente él preferiría su villa, su pipa y sus rosales. Probablemente preferiría también sus aventuras sin público. Pero no puede ser, y en su suceso mil y uno, Charlot obtiene tantas aglomeraciones como en el estreno de "La quimera del oro". El, sin querer, dramatiza un poco —el juez se lo ha reprochado en sus repetidos procesos—; pero debemos considerar que un actor que no dramático está perdido, y que, ante una sala repleta, Charlot debe sentirse por fuerza, actor. Tan actor que cuando no logra el aplauso, se agita desesperado, invadido por una amargura fracasada, que en su vida real jamás conoció.

Esto es su castigo. Charlot, fuera del cinematógrafo, no resulta muy serio. En realidad, debiéramos decir muy poco serio, si no nos influyese a nosotros también la aureola de este payaso genial que, en su vida artística, nos hizo muchas veces percibir la belleza casi absoluta. Charlot es la risa de toda una generación y la melancolía de casi otra, porque así las tuvo, de la risa al llanto, según su capricho. Así parece que intenta tener a sus mujeres, pero, en este caso, Charlot es sólo Charlie Chaplin, y las mujeres no se le entregan como su mundo de sombras, y Charlot va de proceso en proceso y de indemnización en indemnización, como el protagonista de una comedia cualquiera. Y no; Charlot debe ser siempre Charlot, y si Charlie Chaplin se empeña en hacer tonterías, vestirlas con sus botas y su bombín y obligarle a caminar por la trágicomico vereda de sus películas.

Me diréis, quizá, que esto no es posible. Pues si esto no es posible, cojamos a nuestro mundo de recuerdos y, adentrándonos en él, deshojemos nuestra mejor flor sobre la tumba de aquel Charlot, perfecto y humano, que iba diciendo requiebros mudos a la indiferencia de todas sus mujeres.

(Dibujo de Serny.)



TRES ERAN TRES

Y las tres de cine, como corresponde a nuestro comentario. Gina Lollobrigida parece iniciar una danza exótica, acompañada por esta fabulosa lámpara en ébano que recuerda las películas de Coteau. Pero, moderna y precavida—que casi viene a ser una misma cosa—, no abandona su respiración, tanto por las bellezas que descubre como por la temperatura a que se expone. Y, por último, la inefable Marilyn se vuelve antes del estreno de su última película, para dedicar a sus admiradores ese gesto de muñeca fatal que parece tener tanto éxito al otro lado del Océano. Tres mujeres, tres, capaces de enriquecer no sólo la historia sentimental del pobre Charlot, a la que hacemos alusión más arriba, sino de enriquecerse ellas mismas, que tampoco es mal objetivo para las hijas de Eva.

M. P. A.

H
C
M
de
BIL
viado
gentio
de cot
X Vuc
había a
la Gra
ca de s
de sal
sa de
gación
ción ha
parecía
la muc
En e
podido
que se
cio mil
Manolo
De lo
sa da
de equ
número
llegar
número
Theisse
lera o
viaje.
Entre
Club A
des gr
ellas ha
meras
los gob
vinal.
militar,
el aca
señor
jeraqui
dicho i
Unión
hor Del
En la
los inv
eines y
vas. E
había e
A las
a la
en la
militar
por la
Gaste
co-depo
tada qu
zación d
la aut
la "net
El gr
U-Alai
fle elec
ante los
A las
menzad
honor
El prim
mientras
terprela
al tiemp
naba a
nación
nal de
glés; el
gional.
último
paña El
chodim
lar los
A y B y
orden:
Julia-A
Leon-Va
pura
era.
A las
eleide
Zuzaga
ta con
frónle a
Fides e
redores
cha neul
las de A
esida o
piza de
de la V
Achari.
costa pa
Intiva.
El pas
presenci
que no h
los parti
A part
de elapa
ón de A
tros de a
nado en
Rodríguez
Gemmian
Francia.
adjudica
COM
ORO-PL
A
E